

Hay cosas, o como se dice ahora valores, que, ausentes, se los añora: y, presentes, degeneran, al poco tiempo, primero en monótonos; después, en aburridos. Tales son el orden, la paz, la tranquilidad, o sencillamente: la paz, si la definimos con S. Agustín como *tranquilitas ordinis*.

La famosa *Pax Octaviana*, aparte de que nunca real y universalmente existió, de haberse impuesto por más tiempo del requerido para descansar físicamente la humanidad de las guerras y guerritas del siglo anterior a Cristo hubieran traído universal y explosivo aburrimiento.

Lo de «paz en la tierra para los hombre de buena voluntad» no pasa de ser piadoso deseo o súplica hecha a Dios quien debe saber muy bien los límites, bien finitos, fuera de los cuales paz se trueca insensiblemente en monotonía, y sensible-mente en aburrimiento. Y, por saberlo Dios, y ser su sabiduría causa de la historia, la paz nunca dura mucho, y menos en los campos del espíritu.

No concluyamos precipitadamente que los que se aburren primero sean los hombres de mala voluntad.

A la paz en el orden materialmente rutal, cual el guerrero, o en el materialmente sutil y velado, como el económico ... en el espiritual —cual le as, religión, política, arte, filosofía ... —, quien no la aguanta largo tiempo es el *Espíritu*.

Por doble capítulo: primero por su *libertad*, definidora

e ineliminable. Segundo: por su *inventiva*, definidora e inagotable.

I

Parménides formuló —por vez primera, según dicen— el principio de identidad: *el ser es, el no ser no es*. Los dioses olímpicos le premiaron su buena voluntad de eterna paz ontológica, al separar o dar por separados ser de no ser —para siempre y desde siempre. Pero le premiaron nada más la buena voluntad, no la inteligencia; y, por eso, hicieronle vivir en el mundo de las apariencias, donde andan mezclados en inanalizable amasijo ser con no ser, reposo con movimiento, vida con muerte, uno con muchos. No elevara Parménides el principio de identidad a principio cumplido ya por toda la realidad —profunda y superficial, nouménica y fenoménica—, si los dioses se lo hubieran hecho cumplir en su cuerpo y en su alma, condenándolo con rigor de lógica —dicho sea en palabras de Galileo— a ser estatuta —cual castigo, lógicamente debido, por haber sido detractor de la mutabilidad en el orden del ser: orden onnipervale y totiuniversal.

El mundo aparental —abirragado, decorativo, mundable, pintoresco, folklórico...— le salvó de la monotonía y el aburrimiento de su ontología —que, dicen, es aún la nuestra. Por suerte, no nos la hacen ser.

Los mismos dioses olímpicos —menospreciados por Parménides y Platón— dieron muestras de no imitada generosidad, al librar a Platón de tener que vivir unos años en aquella su utopía, o ciudad-Estado perfecto, o en el mundo supra-celestial de las ideas —inmutables, eternas, ingenerables, inmóviles. Quien no perciba la monotonía y aburrimiento acechantes e inminentes en aquella descripción de las características de la idea: *lo mismo, consigo mismo, en cuanto mismo en permanente unicidad*, dé gracias a los dioses —sean los que fueren, en singular o en plural— por haber recibido de ellos el mismo innerecido don que Platón y Parménides: estarse serido, moviendo y viviendo en mundo aparental. Él los libra de la monotonía de su profesada, y no cumplida, ontología.

Pero dejemos en paz a los dioses, y a sus dones, no sin recordar lo del poeta latino: *temo a los Dánaos, hasta cuando traen dones*.

De la monotonía y aburrimiento —peligro real, propio e intrínseco de toda ontología, regida por el principio de identidad— nos salva la *libertad* —el que *somos libres*.

Ser o no ser; caso de ser, *ser tal o cual*; caso de ser tal, *serlo así o asá*; caso de no ser, no serlo *ni así ni asá* son disyuntivas y alternativas integrantes del desplegado abanico o campo abierto de ejercicio para la libertad.

Desde que hay hombres en el mundo —sea medio millón o un millón de años o los seis mil de la Biblia— se han jugado los hombres la vida, el ser íntegro, a ser o a no ser. Los primeros navegantes se lo jugaron. Algunos lo perdieron; otros ganaron su realidad, y de estas ganancias vivimos nosotros al embarcarnos y saber que la probabilidad de ahogarnos, de o ser, es tan pequeña que no vale la pena de asegurarnos. A ser o a no ser juegan su vida los astronautas; y la probabilidad de no ser está tan próxima a la unidad que, a pesar de todas las precauciones técnicas y medicinales, su póliza de seguros a la vida debe ascender a unos buenos miles de dolarejos.

Y a ser o a no ser ponen nuestro ser y el suyo los manipuladores de bombas atómicas. Quien inventó es posibilidad —nueva, alucinante, descomunal— de poner a la humanidad en el trance antiparménideo y artonológico de *ser o no ser* fue Einstein.

Pero formulado o no, explícitamente, el hombre es el ente especialísimo que es capaz de jugar su ser —el ser en que se halló siendo— a ser o a no ser. Integramente, sin reservas; muerto o no de miedo, aguantándose siempre. *Hombre es*

el ente capaz de suicidarse, de poner su ser inicial a ser o a no ser. La prueba de este aserto no la da ni puede darla la ontología de Parménides, ni la de su hijo Platón ni la de ese su nieto que fue Aristóteles... ni la de la remota, mas aún reconocible, progenie de los medievales. La prueba la da la técnica —*elemental*, cual la de los primeros navegantes la de los cazadores valientes y por gusto, la de los guerreros audaces y por decisión ... ; o *superior*, como la de nuestros

astronautas, químicos de explosivos, manipuladores de energía nuclear.

A todos ellos no cargamos el epíteto de suicidas; lo son, ontológicamente, tanto, más y más hondamente que el vulgar y denigrado suicida que se *toma su última cena*.

La libertad del hombre es superior a su ser natural; lo pone a ser o a no ser; y más de una vez pierde la partida. Lo cierto es que ha jugado firme, sin reservas ni trampas, y que tal partida es *ontológica*. Los que creen o se creen haber demostrado la inmortalidad del alma o de algún núcleo supradiamantino o suprasustancial del hombre no juegan, en verdad, sino centavos de ser: la vida fenoménica, aparential; y, aun a veces, ni eso; que no es jugarse de veras, con veras ontológicas, la vida corporal cuando uno cree que se la devolverán con creces de aquí a no muchos siglos. Nada de extraño tendrá, pues, que tales creyentes crean en una ontología de *sustancia*, y que no hayan sido los inventores de *explosivos*: de una ontología que pone el ser a explotar, y, para comenzar inventa pólvora, dinamita y bombas de plutonio o hidrógeno, o los sencillos motores de explosión de esos autos y aviones en que tan confiados van ya los ontólogos de *identidad, sustancia, inmortalidad*, sin caer en la cuenta de que una explosión es la refutación concreta, real e inmediata de toda ontología parmenídea, platónica, aristotélica, tomista... o heideggeriana...

El hombre es el ente que ha inventado el poner su ser natural íntegro a ser o a no ser. «*Poner un ente su ser natural íntegro a ser o a no ser es ser libre y mostrarse libre de su ser mismo*. Se lo juega a ser o a no ser; si gana, no repetirá su ser natural; le caerá por suerte ontológica, por salto dialéctico, un ser nuevo: el de inventor, productor, creador de universo suyo, nuevo, inventado, producido; si pierde, nadie lo podrá contar; faltará hasta el sujeto natural que lo cuente. Y ¿qué le importará entonces todo eso a un quién que no es quién?

La libertad *natural* no se enfrenta nunca a la disyuntiva *ser o no ser*; solamente a las alternativas —no demasiado conmovedoras— de ser tal o cual, ser así o asá. La libertad natural no juega sino accidentes, centavitos de ser. ¿Seré labrador o soldado o gobernante? ¿Me gobernaré por democracia o

aristocracia o monarquía? ¿Seré labrador de secano o de regadío?; ¿soldado de infantería o de caballería...?, ¿estudiante de medicina o de arquitectura o...?, ¿de religión católica o budista o... ?

Todas esas alternativas, definidoras del campo de posibilidades determinadas para que, realizándolas la libertad, sea real, o pase al acto y sea en acto y por tales actos muestre que es realmente libertad —no llegan a ontológicas— no atacan al ser. No *ponen al hombre* —ni a nada, por tanto— *a parar a ser o a no ser*. Por eso la libertad natural resulta, y se muestra ser accidente o propiedad secundaria del alma, tan secundaria que al pasar el alma a la otra vida la libertad cesa, y reina la eternidad —la identidad. Y no cabrá elegir entre esos accidentes de religión católica o budista o..., ni entre esos otros perifollos de profesor de filosofía o de matemáticas o...; ni entre esos accidentillos de carpintero o labrador.

Se habrá impuesto la ontología de la identidad en todo. Y ni el bienaventurado podrá elegir entre ver o no ver a Dios, entre ser o no ser bienaventurado, entre ser o no ser católico...; ni el condenado podrá ya elegir entre serlo o no serlo. Los dos son ya, en verdad, pedruscos de ser; uno, bajo la forma de diamante; otro, bajo la de carbón. Parménides hubiera aprobado, con agradecido asombro, tal teoría teológica, más en consonancia con su ontología que el infiernillo o empiro de las corrientes mitología y escatología griegas.

La verdad es —y sea dicho mientras me la dejen decir, lo que no me permitirían decir en mi tierra natal— que esos dos tipos de ser *eternos* dan entes invivibles, sin conciencia de lo que son; verdaderos diamantes de ser, o ser en diamante. Sólo siéndose así, invivibles e inconscientes es posible evitar el eterno aburrimiento, la perenne monotonía de la identidad de ser y de destino.

La inmutabilidad teológica es sentimentalmente imposible. Cielo e infierno son sentimentalmente imposibles; son un contrasentido o ontrapropósito, pues lo que se quiere —no siempre con pureza de sentimientos— es que todo eso se sienta.

A Ortega y Gasset debemos, entre miles de frases de explorable y revemente luminosa sencillez, la de *razón vital*. Cielo e infierno son *vitalmente falsos* —*racionalmente ver-*

astronautas, químicos de explosivos, manipuladores de energía nuclear.

A todos ellos no cargamos el epíteto de suicidas; lo son, ontológicamente, tanto, más y más hondamente que el vulgar y denigrado suicida que se *toma su última cena*.

La libertad del hombre es superior a su ser natural; lo pone a ser o a no ser; y más de una vez pierde la partida. Lo cierto es que ha jugado firme, sin reservas ni trampas, y que tal partida es *ontológica*. Los que creen o se creen haber demostrado la inmortalidad del alma o de algún núcleo supradiamantino o suprasustancial del hombre no juegan, en verdad, sino centavos de ser: la vida fenoménica, aparential; y, aun a veces, ni eso; que no es jugarse de veras, con veras ontológicas, la vida corporal cuando uno cree que se la devolverán con creces de aquí a no muchos siglos. Nada de extraño tendrá, pues, que tales creyentes crean en una ontología de *sustancia*, y que no hayan sido los inventores de *explosivos*: de una ontología que pone el ser a explotar, y, para comenzar inventa pólvora, dinamita y bombas de plutonio o hidrógeno, o los sencillos motores de explosión de esos autos y aviones en que tan confiados van ya los ontólogos de *identidad, sustancia, inmortalidad*, sin caer en la cuenta de que una explosión es la refutación concreta, real e inmediata de toda ontología parmenídea, platónica, aristotélica, tomista... o heideggeriana...

El hombre es el ente que ha inventado el poner su ser natural íntegro a ser o a no ser. «*Poner un ente su ser natural íntegro a ser o a no ser*» es ser libre y mostrarse libre de su ser mismo. Se lo juega a ser o a no ser; si gana, no repetirá su ser natural; le caerá por suerte ontológica, por salto dialéctico, un ser nuevo: el de inventor, productor, creador de universo suyo, nuevo, inventado, producido; si pierde, nadie lo podrá contar; faltará hasta el sujeto natural que lo cuente. Y ¿qué le importará entonces todo eso a un quién que no es quién?

La libertad *natural* no se enfrenta nunca a la disyuntiva *ser o no ser*; solamente a las alternativas —no demasiado conmovedoras— de ser tal o cual, ser así o asá. La libertad natural no juega sino accidentes, centavitos de ser. ¿Seré labrador o soldado o gobernante? ¿Me gobernaré por democracia o

aristocracia o monarquía? ¿Seré labrador de secano o de regadío?; ¿soldado de infantería o de caballería...?, ¿estudiante de medicina o de arquitectura o...?, ¿de religión católica o budista o... ?

Todas esas alternativas, definidoras del campo de posibilidades determinadas para que, realizándolas la libertad, sea real, o pase al acto y sea en acto y por tales actos muestre que es realmente libertad —no llegan a ontológicas— no atacan al ser. No *ponen al hombre* —ni a nada, por tanto— a *parar a ser o a no ser*. Por eso la libertad natural resulta, y se muestra ser accidente o propiedad secundaria del alma, tan secundaria que al pasar el alma a la otra vida la libertad cesa, y reina la eternidad —la identidad. Y no cabrá elegir entre esos accidentes de religión católica o budista o..., ni entre esotros perifoldaos de profeso de filosofía o de matemáticas o...; ni entre esos accidentillos de carpintero o labrador.

Se habrá impuesto la ontología de la identidad en todo. Y ni el bienaventurado podrá elegir entre ver o no ver a Dios, entre ser o no ser bienaventurado, entre ser o no ser católico...; ni el condenado podrá ya elegir entre serlo o no serlo. Los dos son ya, en verdad, pedruscos de ser; uno, bajo la forma de diamante; otro, bajo la de carbón. Parménides hubiera aprobado, con agradecido asombro, tal teoría teológica, más en consonancia con su ontología que el infernillo o empiro de las corrientes mitología y escatología griegas.

La verdad es —y sea dicho mientras me la dejen decir, lo que no me permitirían decir en mi tierra natal— que esos dos tipos de ser *eternos* dan entes invivibles, sin conciencia de lo que son; verdaderos diamantes de ser, o ser en diamante. Sólo siéndose así, invivibles e inconscientes es posible evitar el eterno aburrimiento, la perenne monotonía de la identidad de ser y de destino.

La inmutabilidad teológica es sentimentalmente imposible. Cielo e infierno son sentimentalmente imposibles; son un contrasentido o contrapropósito, pues lo que se quiere —no siempre con pureza de sentimientos— es que todo eso se sienta.

A Ortega y Gasset debemos, entre miles de frase de explosiva y evidentemente luminosa sugerencia, la de *razón vital*. Cielo e infierno son *vitalmente falsos* —*racionalmente ver-*

daderos, si aceptamos la ontología de Parménides, Platón y Aristóteles. Los sentimientos no pueden refutar una teoría; hacen algo peor, y diverso: muestran que es *realmente*, sentida, conscientemente *imposible*. Y el sentimiento que refuta la eternidad o eternización del ser en el ser es el de aburrimiento. Heidegger la barruntó en *Qué es metafísica*; sólo que el aburrimiento o la desgana no sirven únicamente para *descubrir* o revelarnos la nada —para funciones fenomenológicas. El aburrimiento es la rebelión o el revulsivo propios contra la identidad, contra el ser en cuanto idéntico. El aburrimiento *descubre* que la identidad le es imposible al ser; y *hace* que le sea imposible.

Que la identidad es realmente aburrída es una proposición sintética, en el mismo sentido en que es producto sintético la dinamita. El aburrimiento hace explotar a la identidad, al ser; y no tan sólo lo explica u oculta, cual hacían los mansurrones predicados en proposiciones tan traídas y llevadas como *el hombre es racional*, *el hombre es espíritu puro*.

No extremaríamos descaradamente la diferencia entre la física actual y la clásica si dijéramos que la muestra es física de *explosivos*; la clásica, de *cristalinos*.

La libertad es el explosivo ontológico por excelencia y eminencia: pone a nuestro ser natural a ser o no ser; y, por ello, pone al universo entero a ser o a no ser. Que a nuestro ser natural se le encoja el ombligo es comprensibilísimamente *natural*; tan natural como nos es tener ombligo. Que haya quienes se aguanten tal mieditis ontológico-clásica es el testimonio fehaciente y científaciente de que la física ha cambiado de ontología, y a la vez la lección a aprender por la ontología clásica, si quiere ser metafísica actual.

No diré que Sartre tenga más razón que Santo Tomás al afirmar que *la libertad es la esencia del hombre*, por la sencilla razón de que santo Tomás afirmó —lo que era entonces *natural*— que la libertad es un accidente de la sustancia del alma. No podía ni tan sólo acudirle otra cosa; tal ignorancia no pasaba de ser una sencilla negación, no una privación, del mismo estilo que la ignorancia que del televisor, radio, teléfono ... tuvieron Platón y Aristóteles.

II

No se pre hay que esta poniendo a parir al ser natural: poniéndolo a ser o a no ser. Tiempo hay de ponerlo a ser *tal o cual*; y, otros, de ponerlo, ya que es *tal*, a ser tal *así o asá*.

De explosión, espectacularmente destructiva, a explosión regulada y aprovechada en motor. La técnica actual lo sabe y lo practica. En tiempos anteriores si hubo explosiones fue por ignorancia y jamás se supo aprovecharlas, y aun dudo de que existiera el término en la significación corriente actual. Habiendo aprendido, a costa del ser de algunos, que las explosiones son regulables y aprovechables, la categoría de *dinamitero* y *terrorista* se define por la incapacidad —técnica, moral y social— de aprovechar la explosión dentro de un mecanismo regulador —físico, social...

La fase: *poner al ser*, físico, moral, social, religioso, científico, económico..., a ser o a no ser ha de dar lugar a la fase de ponerlo a ser nuevo ser; ser, *innovadoramente*, *tal o cual*.

Explosión magníficamente deslumbrante ante fue en su tiempo el cristianismo. Cristo puso a la religión judaica a parir: a ser o a no ser; y el judaísmo de sus tiempos —dogmatiquero, santurrón, ceremonial— saltó en trozos. Mas Cristo *inventó* a la vez y en uno el mecanismo adecuado para encauzar y aprovechar la energía religiosa nueva, liberada, y fundó Iglesia: motor de explosión tan eficazmente regulador de la energía religiosa nueva que vive funcionando mejor o peor sus casi dos mil años —y durante algunos siglos, con ejemplar rendimiento moral, político, social, intelectual.

Cristo puso lo religioso a ser o a no ser; resultó que es; y que es *tal*; y que, con el correr de los siglos, es tal a *í*, Iglesia romana. Cristo *hizo* ontología real de la religión —y no simple hermenéutica o reinterpretación de lo mismo preexistente.

No fue un dinamitero o terrorista religioso.

Fue fundador de ontología religiosa.

La Reforma no puso a la religión cristiana a ser o a no ser; sino, a lo más, a ser o a no ser *tal* —romana; o, verosímilmente, sólo a ser tal *así o asá*. Pero dentro de tales límites, Lutero no fue vulgar o eminente terrorista o dinamitero reli-

gioso. Inventó una variación del motor de explosión *religiosa* —inventados ellos mismos, explosión y motor, por Cristo.

La Historia, ontológicamente considerada, es esa triple y conexas sucesión de fases inventivas:

a) poner algo —física, religión, filosofía, economía, técnicas... *dadas*— a ser o a no ser;

b) si resulta ser (nuevo), saber ponerlo a ser *tal* —o cual;

c) y si ha resultado ser *tal*, irlo poniendo a ser tal *así* —o *asá*. Lo demás es puro *terrorismo* y, en definitiva, impotencia real —física, religiosa, económica...

Cuando se ha llegado —y a todo le llega su San Martín— a esa fase final que es ser algo *así*, sin poder cambiar ya el ser tal *así* a ser tal *asá*, y menos aún poder transmutar el ser *tal* a ser *cual*, y, por supuesto, ser incapaz de poner su ser tal y así a ser o a no ser, le ha sonado a una realidad —religiosa, social, económica, filosófica, teológica...— la hora de prepararse a morir de muerte violenta, con violencia de tipo ontológico. Alguien vendrá que la haga explotar.

Pida cada uno a su Dios o a sus dioses que el inventor de tales explosiones invente, a la vez, el mecanismo que los regule y haga humanamente aprovechables y dirigibles por nuevo tipo de hombres.

Y no perdamos de vista, y de reflexión, el criterio de historia *ontológica*, para saber qué es, en lo presente, lo que está provocando, a lo mejor *clamando al Cielo*, por dinamitero que acabe con ello: cuando algo es *ser*, y es ser *tal* y es ya ser tal *así*, ha llegado a su fin y final, a su perfección. *En llegando las cosas a presentes, su perfección está en perecer*. Sentencia de bien conocido presocrático. Sentencia de *verdad* y de *muerte*.

Saquémonos de la cabeza eso de que lo perfecto es lo asegurado y asegurable: Perfecto es lo peculiarmente expuesto a explosivos.

Llegada, con Newton y Einstein, a su perfección la física clásica, un descuido de Plank la hizo estallar: resultó ser física cuántica, y ser *tal*. Planck-Heisenberg-Jordan-Schridinger-Dirac inventaron el mecanismo, el motor para aprovechar tal explosión. Y todavía queda campo libre para ser tal *así* o a *á*. Tiene aún la física cuántica porvenir histórico —*ser por venir*.

Mírese, de frente o de reojo, cualquier otro dominio de

la realidad —religiosa, política, social, filosófica...— en el espejo de la física *actual* para saber si tiene aún historia por venir, *ser por venir* —o, sencillamente, *porvenir*.

Si se nota que *es*, que *es tal* y es tal *así* dése por muerta; y los demás ayudémosla a *bien morir* con ese respetuoso y compasivo silencio que tan bien y a punto solemos guardar en la antesala de los moribundos —o en la sección de momias de los museos.